

XI CONGRESO NACIONAL DE PERIODISMO AMBIENTAL



Conferencia Inaugural

La educación como fundamento del cambio de la vinculación existente entre el ser humano y el medio ambiente.

Presenta: José Manuel López Cózar, vicepresidente de APIA

Ponente: Sami Naïr, Catedrático de Ciencias Políticas, director del Centro Mediterráneo Andaluz de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla



José Manuel López-Cózar
Vicepresidente de APIA

Nuestro flamante ponente de este año, que abrirá el XI Congreso Nacional de Periodismo Ambiental, es Sami Naïr, catedrático de Ciencias Políticas, director del Centro Mediterráneo Andaluz de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla. Asimismo, es especialista en Migraciones y creador del concepto de *Codesarrollo*, fue delegado Interministerial francés para las Migraciones Internacionales. Él nos va a poner el prólogo al Congreso haciendo un alarde de cómo se pueden encajar las agendas, máxime en un momento tan convulso como éste.

Sin más dilación tiene la palabra Sami Naïr. Cuando quieras, comenzamos.



Sami Naïr

Catedrático de Ciencias Políticas, director del Centro Mediterráneo Andaluzí de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla

Buenos días.

Gracias por la presentación y gracias por haberme invitado a estar con vosotros esta mañana para hablar de un asunto tan importante como es el medio ambiente y de la toma de conciencia –o no– de los políticos. Gracias a las y los organizadores por haber pensado en mí.

En primer lugar, debo confesarles una cosa: yo no soy especialista en medio ambiente. Soy un ciudadano que ha tomado conciencia de la enorme importancia que supone esta realidad para nuestra vida cotidiana y que desde hace años trabaja en varios campos del conocimiento, pero nunca de manera directa sobre temáticas ambientales. Con lo cual, les pido de antemano disculpas y tolerancia; porque vosotros, como especialistas, mediadores, periodistas y/o científicos, tenéis un conocimiento mucho más profundo que yo sobre este campo.

La cuestión que habéis planteado es interesante y –sin querer entrar en detalles– casi un poco *naïf*. Pero creo que está hecha a propósito. El medio ambiente interesa a los políticos. Durante los últimos 30-40 años hemos visto cómo este asunto se ha transformado en un tema de movilización, de participación y de decisión en el campo político. En este sentido, diría que la respuesta a esa cuestión planteada es bastante fácil. No es necesario organizar un debate. Sí, por supuesto que interesa a nuestros representantes.

El problema es saber el cómo y el por qué. Y, más allá, tendríamos que plantearnos si la pregunta no debería ser otra. Es decir, ¿por qué los políticos tienen que interesarse por el medio ambiente? Ésa es la gran cuestión, siendo sus respuestas diversas y diferentes.



Quisiera también dejar claro el hecho de que, pese a que yo no sea un especialista del tema, los textos que leo sobre medio ambiente, cambio climático, etc., se encuentran muy influenciados por la ideología imperante a escala planetaria, es decir, por el economicismo. Son documentos y discursos que siempre se orientan hacia una problemática económica –en la que el economicismo se constituye como el telón de fondo–, o hacia un enfoque esencialmente político.

Por ello, creo que hay que ponernos de acuerdo sobre el planteamiento de la cuestión, distinguiéndose dos posturas políticas fundamentales:

Una primera, que existe desde la Europa de los años 70, sobre todo a partir de la aparición del trabajo elaborado por el Grupo de Roma, en torno de Willy Brandt, en torno a los desgastes del progreso. En este enfoque se encontrarían los políticos que han tomado conciencia de la gravedad de la situación y que han luchado sinceramente, sobre todo en Alemania durante los años 80, para cambiar las coordenadas de la relación con la naturaleza. Es decir, para problematizar el cambio climático como un elemento fundamental del debate en democracia. De ahí salieron, históricamente, los partidos verdes. Sin embargo, hemos podido ver, por desgracia, cómo muchos políticos entraron en estas formaciones se han transformado en *políticos-políticos*, por no decir *politiqueros*.

Pero no quiero hacer el balance de lo que ha ocurrido estos últimos 40 años. Realizarlo sería fácil. Hemos hablado mucho de medio ambiente y de cambio climático. Hay un discurso imperante, aunque, sin embargo, la realidad no deja de manifestarse de manera negativa. Y no podemos afirmar hoy en día que hayamos diseñado una estrategia para actuar contra la degradación de la naturaleza, pese a la militancia de los partidos.

Y, en segundo lugar, hay otra clase de políticos que han tomado conciencia –o no–, pero que utilizan conscientemente el medio ambiente como un recurso para conseguir una posición de poder a través de los votos de los ciudadanos. Éste es el precio que teníamos que pagar por la institucionalización de la temática medioambiental dentro del sistema político. Dentro de la presente categoría no hay un objetivo de desarrollar una concepción profunda y amplia del medio ambiente como objeto de la batalla política. La meta es utilizar esta temática para reproducir el poder. Se trata de un elemento muy importante que hay que tomar en cuenta a la hora de analizar las posturas de los diferentes representantes.



Personalmente, ésta es una postura que yo he visto cuando tuve responsabilidades políticas en Francia. Había algunas formaciones que actuaban de esta manera con el fin de reproducir su forma-partido, pero no como vectores de transformación de la política en términos de medio ambiente.

Por eso, es necesario plantear el problema de manera mucho más exigente que lo que vosotros estáis haciendo con vuestra pregunta. Lo digo con todo respeto y solidaridad. Y lo haré personalmente desde una perspectiva muy particular, desde un enfoque filosófico. De hecho, a la hora de reflexionar sobre medio ambiente me parece muy importante tener un telón de fondo filosófico e histórico, sin el cual no podremos plantear la cuestión en su núcleo.

El medio ambiente tiene que ver con la totalidad social, con una concepción global de la sociedad, con la sustancia del vínculo social. Dicho de otra manera, se encuentra relacionado con la conformación de la comunidad humana, de la política, del funcionamiento de los políticos, y, más allá, de «lo Político» –llamado sí desde una perspectiva filosófica–. Sin una correlación entre la concepción de medio ambiente –como elemento central del vínculo social– y “lo político” –o sea, el vínculo social global, la manera de practicar, de poner en marcha, de organizar las translaciones intrasociales–, no podremos solucionar ni actuar de manera eficaz sobre este tema.

Pero, antes de todo y para poder entenderlo, hay que definir el concepto de medio ambiente. Para mí, esta realidad no es exactamente como ha sido construida en los grandes textos centrados en este tema de los años 80, sobre todo lo publicado en Alemania. No se trata de un elemento autónomo, separado, específico de la totalidad social. Por el contrario, el medio ambiente es una determinación antropológica de los seres humanos, es decir, que tiene que ver con nuestra conformación como tales dentro de una colectividad dada. De ahí viene la radicalidad del cuestionamiento planteado por la toma de conciencia del medio ambiente. No se trata de una dimensión particular, sino de la esencia, de la sustancia de la vida sobre la tierra. Y hay que tomar conciencia de lo que significa esto.

Es decir, y para hablar como mi amigo Edgar Morin, se trata de la base fundamental sin la cual la existencia humana sería imposible sobre la Tierra. El Planeta, por antonomasia, es medio ambiente, y el ser humano es producto de la Tierra. No lo es de un espacio fronterizo, ni de un estado, ni de una familia, sino que es resultado de la naturaleza como ser antropológico que es. Entonces el medio ambiente tiene que ver radicalmente con esta determinación antropológica fundamental.



La base, el soporte, el foco de la vida misma, de la existencia, o de la desaparición de la existencia, humana y animal tiene que ver con el entorno. Prueba de ello es la extinción cada vez más importante de variedades de animales y de peces, o la transformación y nacimiento de otras especies muchas más nefastas.

Esa concepción del medio ambiente como determinación antropológica del ser humano no existe hoy en día en la práctica. Más aún, hay pocos intentos de abrir esa vía del conocimiento, a pesar que es fundamental. Un ejemplo de ello es que la toma de conciencia de la importancia del medio ambiente ha sido resultado de la concienciación de la degradación de la naturaleza y de la escasez de los recursos ecológicos.

Todo el discurso imperante hoy –por un lado los catastrofistas y, por otro, la postura del agotamiento–, tiene que ver con una problematización del medio ambiente a partir de la idea de la amenaza, de peligro. Es algo justo, pero para mí es únicamente una consecuencia de la situación actual. En definitiva, la idea fundamental es la necesidad de concienciar sobre lo importante que es la determinación antropológica del ser humano como ser ecológico, como ser producto de una tierra, la cual es la madre de esa identidad.

El sistema económico ha estado históricamente basado en un inmenso proceso destrucción de la naturaleza, concebida como presa de las actividades del hombre. Y más aún, esta orientación se ha radicalizado desde los años 70 del siglo XX, en un intento de mercantilización generalizada del uso de los recursos naturales. Dicho de otra manera: la Tierra se ha convertido en mercancía, una mercantilización en la que el ser humano también ha caído. La expresión “mercado de trabajo” lo demuestra.

Esta actitud implica «el gran olvido en la existencia humana». Se trata de un olvido que impide recordar que destrozando la naturaleza estamos acabando con el propio ser humano y con sus posibilidades de existencia en el planeta. Un olvido que no nos permite ver el resultado de nuestras acciones, que son las actuaciones de todos, no solamente de los que mandan. En consecuencia, yo definiría así el medio ambiente: como «una determinación antropológica contrarrestada por el proceso de destrucción y mercantilización del planeta».

Por otro lado, se ha planteado en el congreso la cuestión de la política. ¿Qué es la política? Dentro de nuestra sociedad, esta realidad se encuentra generalmente basada en una concepción rígida y bastante sencilla de los conocimientos existentes desde el siglo XVII. Además, se considera como una esfera autónoma en relación a otros ámbitos, con reglas específicas, que son objeto de la supuesta Ciencia Política. De hecho, yo he



enseñado durante 30 años esta disciplina, pero les confieso que nunca supe lo que significaba Ciencia Política.

En cualquier caso, se ha considerado a la política como una esfera particular, creando de esta manera a los profesionales de la misma y a los políticos representantes de los partidos. Un grupo cuyo objetivo fundamental –tal y como lo había visto de manera genial Maquiavelo– es la conquista y, sobre todo, la conservación del poder. Conquistar el poder es una cosa, pero conservarlo es mejor, y es la meta de todos los políticos. Así, se considera que hay profesionales de la política. De hecho, Max Weber ha escrito páginas extraordinarias sobre esta profesionalización y sobre sus profesionales.

Desde hace unos 40 años hemos visto, sobre todo a partir del ejemplo alemán –que, para mí, es un caso paradigmático de lo que es una verdadera movilización medioambiental–, el nacimiento de partidos políticos especializados en medio ambiente, así como su institucionalización en el sistema político global.

¿Y qué hacen, mientras tanto, las grandes formaciones? Cuando ven que hay una movilización importante en torno del medio ambiente, integran el tema en su programa. Crean un apartado sobre este asunto, como una especie de catálogo de mercancías que hay que vender en el mercado político a la hora de participar en las elecciones o de gobernar un país.

De esta forma, el medio ambiente se ha vuelto un elemento de la política. Pero creo que hay una gran diferencia entre la política, los políticos y «lo político». Hago hincapié sobre la idea de «lo político» porque me permite desarrollar unos argumentos filosóficos en torno al concepto de medio ambiente. Aquí tocamos un problema de fondo que tiene que ver con la definición de la vida en común, de nuestra vida en común.

En el pensamiento occidental –en el secularizado, sobre todo–, a través de la historia, en las grandes obras filosóficas –las de Platón, Aristóteles, Spinoza...– la definición de la comunidad humana –lo que nosotros llamamos sociedad– era fundamentalmente política. Se concebía el vivir común como un vínculo político, como una mediación constitutiva de todas las relaciones intrahumanas. Es decir, se trataba de una concepción en la que el poder y la realidad no eran diferentes, iban juntos. Se articulaba esta definición de la política con la conceptualización tradicional de la democracia: el *demos-cratos*, el poder del pueblo. Por tanto, la política era el sistema de funcionamiento de este *demos-cratos*, del poder del pueblo.



Aquí se distinguieron dos referencias clave. Por un lado, Platón, quien escribió un libro esencial, llamado *Político*. En el mismo definía lo político como *el hilo que une los diversos colores de una alfombra, la alfombra humana*. Era una alegoría de la sociedad. También se refería a lo político como el *movimiento de unificación de todos los colores de la vida humana para crear una magnífica alfombra*. Entonces, el político que articulaba lo político tenía una función de unificación, creando un tejido en el que estos colores, puestos uno al lado del otro, no significaban nada, pero entremezclados daban una magnífica alfombra. Se trataba, por tanto, de una concepción muy profunda, porque significaba que lo político buscaba siempre el consenso y el acuerdo entre los colores. No se mezclaban colores que no iban juntos. Es decir, que lo político trabajaba con todos los aspectos de la vida común, y debía entremezclar todo ello para crearnos esa magnífica alfombra.

Más profundamente, Aristóteles –el alumno de Platón– escribió un libro titulado *La Política*, en el que intentaba reflexionar sobre lo que es este concepto. Para él, se trataba de la actividad del tejedor de lo político –aceptaba la definición de Platón–, pero lo que en realidad le interesaba era saber cómo funcionaba una comunidad humana, en qué consistía. Pero fue incapaz de definir la diferencia entre Comunidad, Estado, Urbe y Conjunto. Utilizaba una palabra muy conocida para referirse todo ello: la *Polis*.

La *Polis* era el conjunto de todos estos elementos. En consecuencia, Aristóteles señalaba que la *Polis* era el ser humano, como resultado y organizador a la vez de la Comunidad, del Estado, de la Urbe y de todas las dimensiones de la vida en común. Además, este autor añadía que la paz de la *Polis* era la tierra, el mundo en el que se producía este encuentro y se organizaba dicho elemento. Y no era por casualidad. De hecho, Aristóteles –contrariamente a Platón– tuvo una reflexión muy profunda en torno a la física y a los elementos de la tierra. Pero, a partir de ahí, definió al ser humano como un *Zoon politikón*, es decir, un ser fundamentalmente político, cuya característica fundamental era, precisamente, la política.

A partir de estas dos aproximaciones, podemos decir que el ser humano es un ser político-ecológico, que se organiza políticamente a través de una relación particular con la naturaleza. Todas las sociedades –absolutamente todas– tienen una relación específica y particular con el medio.

Probablemente, conoceréis la historia relatada por los antropólogos sobre los pescadores y los no pescadores. En la Amazonía hay unas tribus que viven al borde del mar que pescan ahí, en el mismo lugar. Y cuando,



por razones de temporada, no hay peces, cambian de emplazamiento. Mientras tanto, existen otras tribus que, cuando desaparecen los peces, fabrican barcos para ir a buscarlos a otro lado. Aquí, nos encontramos ante una relación diferente con la naturaleza, y, de acuerdo a este ejemplo, fabricar barcos significa un salto cualitativo en la relación con la naturaleza.

En este sentido, el ser humano es un ser político-ecológico y el medio ambiente constituye su sustancia social. O, dicho de otra manera, la naturaleza es la máxima expresión de «lo político» y tiene que ver con la totalidad de la existencia humana. Ahora bien, si se plantea la cuestión: ¿El medio ambiente está hoy en día concebido como la encarnación de la vida en común, de «lo político»? La respuesta es, obviamente, negativa. Se considera a la ecología y al entorno natural sólo como esferas particulares de la vida humana, no como esencia de la misma.

Y, por esta razón, hablo del «gran olvido». No existe hoy en día una toma de conciencia del medio ambiente como elemento político-ecológico, o, si queréis, antro-po-lítico-ecológico de la existencia humana. Está considerado, en el mejor de los casos, como una coacción objetiva exterior de la vida humana, y no como un elemento fundamental de la misma. Creo que la concienciación sobre este problema implica una revolución mental tan importante como la asunción de la importancia de la igualdad de género en los siglos XX y XXI, o de la legitimidad de la diversidad [étnica] humana en el planeta. Son dos elementos recientes. Hace 50 años la cuestión de la equiparación no se planteaba como hoy. Eso sí, todavía no hemos ganado la batalla, pero existe una toma de conciencia sobre la legitimidad de la diversidad humana. No hay diferencia entre un negro, un blanco, un amarillo... Todos somos seres humanos.

Para decirlo de otro modo, necesitamos pensar el medio ambiente a partir de la construcción de un nuevo paradigma mental, tal y como se elaboró el paradigma racional durante los siglos XVII y XVIII. La creación de la razón como elemento de actuación sobre la física, la tierra y el mundo en el que vivimos fue un gran avance de la Ilustración. Antes no se reflexionaba así: basta con leer a los autores de la Edad Media, época en la que se creía que la naturaleza era producto de Dios.

Por tanto, la esencia de la revolución ecológica consiste en una transformación radical del contenido de la transmisión del saber, del ser humano ecológico y de los conocimientos sobre el medio ambiente. En definitiva, se trata de una nueva forma de pensar, de unas mentalidades novedosas basadas en el ser humano



como expresión de la naturaleza, y no como su dueño. Esta revolución mental se fundamentaría en considerar que somos un elemento de la naturaleza, que ella tiene una vida propia, que sufre nuestras actividades, al igual que los animales padecen nuestros comportamientos.

Esto implica, a su vez, una revolución pedagógica, una nueva educación cuyo contenido debe enfocarse sobre la construcción de un renovado vínculo social, que se ha de edificar sobre la reproblematicación de lo político. Para hacerlo, tenemos dos posibilidades: O centrarnos únicamente sobre la toma de conciencia de los políticos, o atacar el problema desde sus raíces. Para mí, los políticos no tienen importancia en este sentido. Son totalmente secundarios. Los que tienen verdadera relevancia son los ciudadanos. Y la revolución radical de la que hablo tiene que ver con la toma de conciencia y la constitución de un ciudadano formado y consciente de su determinación antro-po-ecológica, de su responsabilidad ética como individuo constitutivo de la sociedad.

Hans Jonas escribió en los años 70 un libro muy interesante, titulado *El principio de la responsabilidad*, en el que reflexionaba en torno a este compromiso en cuanto a la relación con la naturaleza. En dicha obra Jonas señalaba que tenemos una responsabilidad ética con el medio ambiente, de la misma manera que tenemos un deber ético entre nosotros. Entre nosotros existe el bien y el mal y, por tanto, también es algo que debe darse entre los seres humanos y la naturaleza.

Sin embargo, hay que ir mucho más allá de la postura de Hans Jonas, porque si se trata sólo de una postura ética, significa que hay un libre albedrío. No obstante, si se toma la concepción del ser humano como producto del entorno natural y sujeto de construcción del mismo, en el caso que la naturaleza desaparezca, ya no existirá el libre albedrío. Entonces aparecerá la coacción y obligación. Es en este sentido en el que hay que trabajar para construir al ciudadano consciente de su carácter antro-po-ecológico.

El pensador que mejor ha planteado esta situación, aunque sin problematizarlo con los conceptos del siglo XX, fue Spinoza. Y lo hizo en el siglo XVII, cuando hablaba del proceso del *naturata naturans*, es decir, la naturaleza naturalizada por el comportamiento del hombre. Aquí aparecía el ser humano como producto natural de una naturaleza que lo naturaliza. Esto nunca ha sido integrado en el conocimiento. Ha atravesado los siglos como si fuera algo secundario, mientras que hoy en día, dándonos cuenta del agotamiento de la tierra y de los recursos, empezamos a tomar conciencia que somos nosotros los que estamos amenazados en



esta situación. Es nuestra naturaleza misma la que se encuentra en peligro. De esta forma, la educación antro-po-ecológica del ser humano supera la dimensión ética y debe ser considerada como una necesidad casi biológica del individuo, como el beber y el comer. Una determinación fundamental de la reproducción de la física humana.

Con el agotamiento de los recursos naturales, al cual hemos llegado hoy en día, debemos ser conscientes que sin replantearnos las políticas que ponemos en marcha y la educación medioambiental, nunca podremos parar la evolución destructora que estamos viviendo. No es solo un problema político, de acción de los partidos y de los Estados –que es absolutamente necesaria–, sino también, y fundamentalmente, se trata de un problema cultural. Y lo es porque hoy en día los diferentes países se han centrado sobre objetivos cuantitativos.

De hecho, la Cumbre de París ha sido un ejemplo de ello. En la misma se abogaba por reducir las emisiones responsables del efecto invernadero para limitar el incremento de la temperatura mundial en 2 °C. Es un objetivo legítimo, aunque no plantea el problema de la reorientación global del modo de pensar y actuar dentro de una nueva forma de vínculo social. Es importante y necesaria la reducción cuantitativa. Pero el problema principal no es cuantitativo, sino cualitativo.

No obstante, sabemos que todos los esfuerzos de la comunidad internacional están, hoy en día, coaccionados por la lucha despiadada para la dominación económica y comercial a escala planetaria. Es la realidad de la globalización liberal en la que estamos, que al tener un sólo objetivo –el beneficio– considera a la Tierra como una presa. En consecuencia, esta concepción ha transformado a la naturaleza en capital, en mero valor mercantil, por lo que no es contemplada la construcción del entorno ambiental como tierra común.

De esta manera, si se toman las negociaciones que en Francia desarrolló Ségolène Royal para organizar la COP21 se puede observar que, en realidad, han consistido en conversaciones con grandes estados y multinacionales cuya orientación ha sido evitar que los beneficios de los principales poderes sean tocados. El mero hecho que haya la posibilidad de vender los derechos de emisión de gases de efecto invernadero es muy significativo. Esto se traduce en que los ricos tienen la oportunidad de seguir contaminando gracias a la compra de porcentajes de polución. En consecuencia, estamos en una problemática estrictamente mercantil,



que tiene que ver con la globalización liberal. Así, todo el mundo sabe que las emisiones de gases efecto invernadero van a seguir aumentando hasta 2030.

Así, tenemos ante nosotros dos enemigos, dos obstáculos para poder reducir estos efectos:

En primer lugar se encuentran las estrategias comerciales y económicas de los grandes estados y de las multinacionales, principales responsables del desastre ecológico en el que nos encontramos. Los casos más significativos son dos. Por un lado, Estados Unidos, cuyo gobierno, al estar sometido a las multinacionales norteamericanas, rechaza cualquier regla en la materia. La semana pasada se publicó un informe sobre la evolución de las grandes compañías desde la crisis de 2008. Todos los países han perdido peso en cuanto al poder de sus transnacionales. Todos, salvo dos: Estados Unidos y China, que tienen el número más importante de empresas multinacionales a nivel mundial.

Precisamente, el segundo caso significativo es China. En este país, la política depende de los grandes ministerios industriales, que se constituyen como Estados dentro del Estado, casi autónomos, orientando las políticas comerciales nacionales. China se encuentra actualmente en la misma postura que Inglaterra en el siglo XIX. Se constituye como la potencia industrial por antonomasia. De hecho, esta potencia, comunista, ha salvado al capitalismo internacional de su crisis de 2008-2010. Es una paradoja histórica.

Además, hay un segundo enemigo, mucho más difícil de controlar y de dominar si se desea actuar seriamente sobre el cambio climático. Se trata de los hábitos de vida. En este sentido, más que una revolución, necesitamos una metamorfosis de nuestros usos y costumbres. Y eso es muy difícil de imponer a las sociedades de hoy en día. Basta con pensar en la utilización que se hace actualmente de los coches o de las neveras. Por tanto, éste se constituye como un problema mucho más difícil de enfrentar que el de las multinacionales. Nosotros somos nuestros propios enemigos.

Además, la demanda de consumo es enorme en el planeta. Los grandes Estados emergentes –China, Brasil, India, los países africanos– están expresando una potencia enorme de compra. Se preparan para un gran festival de consumismo. Y es precisamente esto lo que fortalece el poder de las transnacionales y de las grandes industrias a escala planetaria. Es la realidad de nuestro mundo.



Dicho de otro modo, será muy difícil combatir los efectos del cambio climático, elaborar una nueva problemática de medio ambiente y consensuar una política a nivel transnacional, la cual debe escapar de las manos de los estado-nación y de las grandes multinacionales. Sabemos lo que debemos hacer. Se necesita un *Consejo de Seguridad Climático Mundial*, que imponga un derecho ambiental universal. El gobierno sueco lo lleva diciendo desde hace 40 años. Sin embargo, hoy es algo imposible dadas las relaciones de fuerzas comerciales a escala planetaria. De esta forma, no se puede luchar seriamente contra el cambio climático si no se pone un freno al librecambio mundial, a la producción ilimitada de mercancías y al consumismo desencadenado a nivel planetario.

En este sentido, nos debemos preguntar: ¿en qué ha consistido la globalización a partir de los años 70? Tres elementos la han definido fundamentalmente, más allá de la libre circulación de capitales, las deslocalizaciones, etc. Estos rasgos han sido los siguientes:
producción ilimitada de mercancías, bajada salarial y deuda, para poder comprar.

En definitiva, lo que se está fomentando es un consumo de mercancías a crédito con sueldos bajos. Esto es la globalización y es este sistema el que está destrozando la naturaleza y la concepción antro-po-ecológica del ser humano. Por ello, necesitamos una verdadera política de civilización, una educación nueva que debe ser difundida a lo largo de la vida del ser humano, dentro del sistema educativo y profesional. Su objetivo debe ser la enseñanza que la primera, más fundamental y única patria del ser humano es la tierra. Edgar Morin escribió un libro que se llamó *Tierra Patria* para desarrollar este concepto: la Tierra Patria como patrimonio común.

En torno a este asunto realicé un pequeño trabajo de análisis de las políticas educativas, y me he dado cuenta de una cosa muy interesante, amigas y amigos. Los países que están haciendo los principales esfuerzos para transmitir esa concepción del ser humano como ser ecológico no son los desarrollados. Sobre todo, he encontrado esta postura en América Latina: en Ecuador, por ejemplo, donde existe un sistema de educación obligatorio prácticamente desde el nacimiento hasta la Universidad; en Colombia, que cuenta probablemente con el mejor programa de enseñanza de la ecología como elemento constitutivo del ser humano; en Perú, que también se enmarca en esta tenencia...



Todos estos países, con pocos recursos, son conscientes que el problema se centra –y me disculpo por la expresión– en la fabricación de un hombre con una conciencia nueva sobre este elemento. Sin embargo, nosotros, en Europa, no tenemos esa concepción. He analizado programas de Austria, Francia, España... y es un tema complemente secundario. No es una asignatura obligatoria, se estudia muy pocas horas en la escuela, etc., a pesar de ser un asunto fundamental, ya que una buena enseñanza cambia el modo de vida de los ciudadanos. Por tanto, la educación es primordial.

En consecuencia, y a modo de conclusión, para mí la educación medioambiental de la ciudadanía es la condición *sine qua non* para el control de los políticos y el nacimiento de la capacidad para imponerlos orientaciones ecológicas. Termino, por tanto, contestando a la cuestión que habéis planteado: lo importante no son los políticos, sino la conciencia ciudadana. Es fundamental una ciudadanía formada en medio ambiente. Y vuestro papel, como mediadores de la información, es contribuir a este camino. Los políticos avanzan, pero avanzan mejor con la espada de la conciencia social en la espalda.

Gracias.

